

«Una mujer andaba en el aire por cima dellos que les ponía grandísimo temor y quitaba la vista...»: sobre la presencia de elementos sobrenaturales en una crónica chilena del siglo XVI.

Dr. Miguel Donoso Rodríguez

Pontificia Universidad Católica de Chile

La primera vez que abordé la lectura de las crónicas del Reino de Chile una cosa que cautivó poderosamente mi atención fue la presencia en ellas de algunos elementos que había visto mencionados repetidas veces en textos españoles medievales, en particular de episodios en donde primaba lo sobrenatural y religioso, tales como la invocación de Santiago apóstol por parte de las tropas cristianas en los combates contra los moros o la aparición milagrosa de la Virgen María en auxilio de los mismos cristianos; el caso más emblemático, para nosotros, puede ser el de la épica española, ya que en el anónimo cantar de gesta conocido como *Cantar de Mio Cid* hay un pasaje en que los hombres del Cid, dirigidos por el valiente Pero Vermúez, invocan a Santiago («Santi Yagüe») antes de entrar en combate con los musulmanes¹. Y aunque no se trata de apariciones sobrenaturales, son, como veíamos, menciones habituales en los textos españoles medievales, especialmente en las crónicas, las cuales nos recuerdan que las tropas cristianas siempre invocaban el nombre de Santiago al entrar en combate con los infieles, una tradición que se había impuesto en el alma colectiva de los hispanos desde que el apóstol se les apareciera y les auxiliara milagrosamente en la legendaria batalla de Albeida, cerca de Clavijo

¹ Señala el texto, a la letra: «Veriedes tantas lanças premer e alçar / tanta adágara foradar e passar, / tanta loriga falsar e desmanchar, / tantos pendones blancos salir vermejos en sangre, / tantos buenos cavallos sin sos dueños andar. / Los moros llaman —¡Mafómat!— e los cristianos , —¡Santi Yagüe!—. / Cayén en un poco de logar moros muertos mill e trezientos ya» (*Cantar de Mio Cid*, vv. 726-32). Santi Yagüe deriva, como grito de guerra, del vocativo Sancte Iăcōbe.

(Logroño), acaecida en el año 851 de nuestra era, y donde los cristianos derrotaron a Baner Qasi Muza². Este Santiago viene a ser representativo de la índole militante de la existencia cristiana, fundiendo la fe evangélica con las lides militares³, y pudiéramos asociarlo con un supuesto espíritu cruzado que habría estado presente entre los cristianos durante la Reconquista. Pero hay que recordar también que es materia bastante debatida si en el *Cantar de Mio Cid* está presente ese espíritu de cruzada que efectivamente había alentado las gestas heroicas en Tierra Santa antes y durante la misma época; sin embargo, aunque pongamos en duda su presencia entre los españoles, es indudable que ese espíritu debió servir de modelo a los cristianos en la lucha de reconquista. Se trata de un tema sobre el cual volveremos más adelante a propósito de las crónicas indianas.

En otras obras medievales, de muy distinto cuño (se trata de textos escritos por clérigos y con estructura en verso), destinadas a un explícito fin didáctico o *docere*, prima en cambio la devoción mariana. En ellas es la Virgen María la protagonista de hechos o intervenciones sobrenaturales, salvando a ladrones de la horca, ocupando el lugar de abadesas que huyen con sus amantes hasta que regresan a su puesto o permitiendo a monjes sacrílegos que han vendido su alma al diablo recuperar su carta de libertad: me estoy refiriendo, por supuesto, a la obra *Milagros de Nuestra Señora*, de Gonzalo de Berceo, una de las más representativas del popular y fecundo mester de clerecía, o poesía clerical, que tuvo su auge en Castilla sobre todo durante el siglo XIII. El autor, a lo largo de veinticinco milagros cuya fuente principal son algunos textos latinos de milagros marianos, nos recuerda que la Virgen Nuestra Señora, ejemplo cúlmine de amor y de misericordia, nunca abandona a sus devotos, por más bajo que hayan caído⁴.

² Tomo los datos del artículo del padre Joaquín Alliende, 1996, p. 356, que resultan más concretos frente a la habitual indeterminación de la fecha y lugar de esta batalla estimada por muchos legendaria. Para más datos acerca de la presencia de Santiago en los textos medievales se puede consultar la obra *Santiago de España*, de Américo Castro.

³ En palabras que resumen a Alliende, 1996, pp. 356-57.

⁴ Aprovecho de recordar algunos de los títulos de estos milagros, que resultan bien ilustrativos de lo antes dicho: *El sacristán fornicario* (2º); *El ladrón devoto* (6º); *La*

Dicho lo anterior, se hace obligado el paso a América para centrarnos en la revisión de estos fenómenos en las crónicas indianas, que es el objeto de este trabajo. Es un hecho que los conquistadores y los frailes no llegaron a nuestro continente solo premunidos de sus armas y biblias⁵: unos y otros, contraviniendo expresas prohibiciones de la metrópoli, desembarcaron en las Indias una gran cantidad de libros denominados “de ficción”, libros que el movimiento erasmista se había encargado de desaconsejar e incluso condenar por su falta de verosimilitud y ausencia de ejemplaridad, siendo considerados, por tanto, inapropiados para la labor evangelizadora y un elemento distractor de los indígenas, ya que llenaban sus cabezas de ideas sentimentales e incluso concupiscentes en lugar de permitirles centrar su atención en el aprendizaje de los misterios cristianos. Las crónicas rápidamente se convirtieron, entonces, en la forma canónica y “oficial” de hacer literatura en América, por su carácter de historicidad, realismo y verosimilitud, dejando en una posición desmedrada, en cuanto a su valoración, a la literatura de ficción o evasión. Y sin embargo los escritores de las crónicas, ya porque insisten en reeditar una vieja costumbre medieval o bien porque lo sobrenatural es consubstancial al alma hispánica católica, como decíamos más arriba, insisten en incluir en sus relatos numerosos testimonios que son indicativos de la fuerte presencia que lo divino tenía en la vida de aquel entonces. Sin duda hay que pensar que una parte de estos fenómenos se puede explicar por el trasplante del espíritu cruzado que animaba a los españoles durante la época de la Reconquista peninsular en los españoles que batallaban con los indios en América⁶, pero no hay que descartar la intención, subyacente en la aparición de estos fenómenos, de una búsqueda de legitimación dada por la presencia auxiliadora de la divinidad en el

preñada salvada por la Virgen (19°); *El monje borracho* (20°); *De cómo una abadesa fue preñada* (21°); *El monje Teófilo* [que hizo un pacto con el diablo] (24°), etc.

⁵ Remito para este tema al clásico estudio de Irving Leonard, «Los libros del conquistador».

⁶ Es idea que corrobora Alliende: «Los castellanos habrían hecho la traslación emocional: moro igual indígena americano. Sentían que la Reconquista medieval de los reinos peninsulares de España continuaba en la ciclópea Conquista de las inmensidades de América» (1996, p. 360).

discutido proceso de conquista; y un buscar, por otra parte, animar y reafirmar la moral de las tropas. Pero lo cierto es que los fenómenos sobrenaturales están ahí: aparecen en las crónicas y no tenemos por qué no darles crédito; más todavía cuando el propio Alonso de Ovalle, autor de la *Histórica relación del Reino de Chile* (1646), señala en algún caso que se perdieron (y por lo tanto existieron) los archivos en los que se encontraban los «auténticos testimonios» de cada uno de los milagros que relata. ¿Verdad o simple justificación de lo inexplicable, de la pura fantasía? Es la duda que queda planteada...

La obra que he utilizado en este trabajo corresponde a uno de los dos más relevantes testimonios cronísticos escritos en Chile durante el siglo XVI. Se trata de la *Historia de todas las cosas que han acaecido en el Reino de Chile y de los que lo han gobernado*, redactada por el capitán Alonso de Góngora Marmolejo en un lapso que media entre 1572 y 1575, y que se conserva en un manuscrito. Es una crónica de especial interés por varios motivos: su autor llegó a Chile formando parte de los refuerzos que Valdivia trajo a la gobernación desde Lima en 1549; aparentemente participó en los más importantes hechos de armas acaecidos en el sur de Chile hasta 1575, cuando termina de redactar el manuscrito, y falleció en enero de 1576. No solo fue compañero de Pedro de Valdivia, sino que le sobrevivió largos años; por último, su crónica posee el mérito de ser fundamentalmente testimonial o presencial, es decir, incluye todo lo visto y oído por el cronista a lo largo de los más de 25 años que historia a través de sus páginas. En palabras del historiador Diego Barros Arana, «Góngora Marmolejo era, sin duda, un hombre de cierta cultura intelectual que sabía escribir con notable claridad y con cierta elegancia que de ordinario faltan en los documentos públicos y privados del tiempo de la conquista; y que poseía, además, una razón que debía elevarlo muchos codos sobre la gran mayoría de los contemporáneos»⁷

⁷ *Historia General de Chile*, tomo II, p. 211.

Antes de nada, se hace necesario precisar que Góngora es un autor que se caracteriza por ser nada pretencioso y bastante humilde⁸, además de poco dado a la fantasía y a engrandecer con exageraciones los hechos bélicos y el número de los combatientes, a diferencia de otros autores cronísticos que sí lo hacen frecuentemente⁹. La primera mención que hace nuestro autor de algún hecho sobrenatural aparece en el capítulo XI de la crónica, en circunstancias que Pedro de Valdivia y sus hombres, después de haber fundado la ciudad de la Concepción, son atacados —señala Góngora— por más de 50.000 mil indios. Valdivia envía a dos de sus lugartenientes, Villagra y Alderete, a enfrentar al escuadrón indígena más cercano, compuesto por unos 15.000 aborígenes, y estos

apellidando el nombre de Santiago, puestos en ala, con grandísima determinación rompieron con todos los soldados que llevaban, donde pareció una cosa digna de memoria, y fue, a lo que después se supo por dicho de los indios, no pudiendo sufrir tan bravo acometimiento, como vieron venir a los cristianos con aquella determinación tan grande contra ellos, no teniendo ánimo para pelear —siendo número de más de quince mil indios—, volvieron las espaldas a huir; los demás escuadrones, como vieron huir a este, hicieron lo mismo, retirándose en su orden. Decían después que los cristianos no los habían rompido, sino **una mujer de Castilla y un hombre en un caballo blanco los habían desbaratado**: que ésta fue tan terrible vista para ellos que en gran manera los cegaba. Esto se publicó. Después, diciéndoles otros indios cómo los habían desbaratado tan pocos cristianos, daban este descargo; y es de creer así, porque aquel día vinieron sobre la ciudad más número de cincuenta mil indios, por donde parece ser credero fue Dios servido los cristianos no se perdiesen, y que los quiso socorrer con su misericordia, pues de la entrada que entonces hicieron ha resultado en este reino muchas ciudades pobladas y muchas iglesias donde se predica el Evangelio, y monesterios de religiosos que hacen con su doctrina mucho fruto entre los naturales, y grande número de indios que son cristianos y viven casados debajo de el matrimonio de la Iglesia¹⁰.

⁸ Resulta notable constatar en la lectura de la crónica de Góngora Marmolejo el que son muy pocas las veces que este alude directamente a su persona.

⁹ Esto es muy importante para los efectos que nos convocan. En efecto, «dotado también de un juicio recto y de una notable honradez de carácter, Góngora Marmolejo se muestra equitativo y desapasionado en sus apreciaciones de los hombres y de los sucesos, de tal suerte que en la mayor parte de los casos, el historiador puede aceptar sus opiniones como la expresión de la verdad, o como algo que se le acerca mucho» (Barros Arana, 2000, p. 212).

¹⁰ Góngora Marmolejo, *Historia*, capítulo XI. Cito por el texto de la edición crítica que actualmente me encuentro preparando. Las negritas son mías.

En el pasaje anterior destacan varios elementos que paso inmediatamente a analizar. En primer lugar, el recurso a la invocación de Santiago apóstol por parte de las tropas españolas antes de entrar en combate¹¹. Se repite, como vemos, el esquema del cantar épico (y estamos ante una verdadera gesta heroica: la gesta heroica por excelencia en la América de esos años). En segundo lugar, destaca el autor la confiabilidad y fidelidad de su fuente, ya que escribe según «lo que después se supo por dicho de los indios» y que además «esto se publicó»; no hay, por tanto, lugar a la invención: él se limita a reproducir la versión de los indígenas, sus enemigos.

Centrémonos ahora en la aparición: se trata de una mujer de Castilla (queda clara la imposibilidad de la confusión para los indios: la Virgen adopta el atuendo del enemigo, el de una mujer castellana, bien distinta de la mujer mapuche, lo cual les infunde más temor todavía, si cabe). Podemos agregar que María interviene en favor de los devotos cristianos, enceguedando con su visión y su resplandor a sus enemigos. A Ella le acompaña un hombre montado en un caballo blanco, que no puede ser otro que Santiago apóstol, de acuerdo a una de las descripciones que de él encontramos en las crónicas medievales y a una parte importante de la tradición iconográfica¹². Es la visión del Santiago Matamoros más mariano, si se quiere (al que algunas veces se le representaba con un rosario en la mano), estrechamente vinculado con María. Basta recordar toda la tradición que señala la visión que el apóstol tuvo de Nuestra Señora del Pilar, en Zaragoza. En esta

¹¹ La costumbre de invocarlo ya estaba presente en el relato de combates recogidos en anteriores textos cronísticos. Comp. el siguiente pasaje de Bernal Díaz del Castillo: «Entonces dijo Cortés: “Santiago y a ellos”; y de hecho arremetimos de manera, que les matamos y herimos muchas de sus gentes con los tiros» (*Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, cap. 63, p. 161). Véase para más detalles la nota de Alberto Montaner a su edición del *Cantar de mio Cid*, v. 731, p. 464 y el estudio de Chevalier, 1966, p. 477).

¹² Tal como indica Allende, ya no se trata del Santiago apóstol representado con la espada con la cual fue martirizado; es el Santiago militar o Matamoros, que «se trata de una representación de San Jaime el Mayor cabalgante de un caballo blanco. Blande la espada por los aires y en la mano izquierda lleva un escudo con la llamada “la roja cruz de Santiago” [...]. Bajo las patas del corcel relinchante yacen moros en derrota» (1996, p. 356). Y además, resulta representativo de la índole militante de la existencia cristiana más arriba indicada: antes los moros, ahora los aborígenes paganos.

aparición conjunta vemos presente un elemento muy importante de la tradición hispánica; en efecto,

lo que está pulsando en el corazón creyente es la misteriosa comunión entre esas dos columnas de la fe de la península, cuales son el amor a la Madre de Dios y al primer Apóstol mártir. Esta intención creyente tiene raíz en el acontecimiento de Pentecostés, cuando los Doce se encontraban “en oración con un mismo espíritu, en compañía de algunas mujeres y de María”¹³.

La visión de María y de Santiago es tan terrible que enceguece a los indios: podemos pensar que su resplandor (la característica luminosidad o blancura de la Virgen; Santiago montado en un caballo blanco...) los desconcierta y confunde de tal manera que se ven obligados a huir. Un detalle más: los indios, que se consideran valientes y aguerridos como los que más, necesitan una explicación plausible para una derrota tanto más ignominiosa cuanto segura consideraban la victoria; por esto necesitan una explicación sobrenatural que vaya en su «descargo», y para este efecto parece un eximente serio de culpabilidad el mencionar que los seres divinos están de parte de los *huincas*: contra tales portentos no es posible obtener un triunfo y lo más razonable es salir huyendo, como de hecho lo hicieron. Por último, hay que pensar que desde la óptica del conquistador no parece plausible una intervención divina tan solo destinada a la destrucción del enemigo. La intervención se justifica, acorde con el espíritu evangelizador de la Conquista, por una serie de hechos positivos como lo son la fundación de nuevos centros urbanos, con sus respectivas iglesias, y de monasterios, todo lo cual posibilita la evangelización y que haya un «grande número de indios que son cristianos y viven casados debajo de el matrimonio de la Iglesia». De otra manera, tanta guerra y tanta muerte no tendrían justificación alguna: es posible que Góngora Marmolejo tuviera en mente aquí la reciente polémica sostenida por

¹³ Allende, 1996, p. 358.

Bartolomé de las Casas con la metrópoli y los encomenderos a propósito de la guerra justa y la dignidad de los aborígenes.

El segundo y último hecho sobrenatural presente en la crónica se relata en el capítulo XXXVIII, cuando los pueblos indígenas de la zona de Angol se levantan en armas y, reunidos poco más de 6.000 indios bien armados, atacan la desguarnecida ciudad de Angol, apenas defendida por veinte españoles (solo catorce de ellos a caballo), comandados por el capitán don Miguel de Velasco. Tras un combate heroico en que Góngora destaca la valentía de varios hombres (de Antonio González y Francisco de Tapia dice que «pelearon tan valientemente que merecieron aquel día cualquiera merced que Su Majestad les hiciera»), e incluso alaba la braveza de una mujer india que proveía de piedras a los indios yanaconas de servicio, los indios guerreros acaban huyendo en forma casi inexplicable. De hecho, tan es así que

después se trataba entre los indios la gran flaqueza que habían tenido, siendo los cristianos pocos y ellos muchos, salir dél desbaratados y perdidos; afeándose, algunos [indios] principales daban por descargo no habían podido hacer más, porque **una mujer andaba en el aire por cima dellos que les ponía grandísimo temor y quitaba la vista**; y es de creer que la benditísima Reina del cielo los quiso socorrer, que de otra manera era imposible sustentarse, porque las mujeres que en la ciudad había era grandísima lástima verlas llorar, y las voces que daban llamando a Nuestra Señora es cierto les quiso favorecer con su misericordia¹⁴.

De la narración se desprende, como elemento principal, el conocido papel de intercesora o mediadora que desempeña la Virgen María para con sus devotos que la invocan, con la infinita misericordia que la caracteriza. Las desesperadas mujeres españolas que claman por la ayuda de la Madre del Cielo hacen posible el milagro en un momento de extremo peligro en que para los españoles estaba claro que «era imposible sustentarse», y lo que no pudo la fuerza de las armas lo logró el poder de la fe y de la devoción: María, la que siempre escucha, la auxiliadora que nunca nos deja abandonados. Al igual que en los

¹⁴ Góngora Marmolejo, *Historia*, cap. XXXVIII; las negritas son mías.

milagros relatados en el libro de Berceo, María jamás abandona a sus devotos, parece querer ejemplarizarnos el texto de la crónica. Y lo hace sin violencias, simplemente poniendo temor en las huestes indígenas, que huyen despavoridas. También se repite en este pasaje la afirmación por parte de Góngora de la veracidad y confiabilidad de la fuente del milagro: ante una derrota humanamente inexplicable, dada su superioridad numérica abrumadora, esta vez son los indios «principales» (es decir los jefes, los caciques) los que dan fe de la aérea aparición de la Virgen, la cual produce en ellos tan «gran flaqueza» (hay que pensar que lo que viene de arriba, del cielo, es especialmente atemorizador para la más elemental cosmovisión de los indígenas) que les llena de «grandísimo temor» y les «quitaba la vista»; de nuevo el enceguecimiento y confusión producidos por el resplandor potente e inmaculado de la Virgen. De esta forma, el fin evangelizador de la Conquista queda protegido y no habrá problemas para que muchos indios se conviertan.

En conclusión, creo que se puede hablar de una transferencia de ciertos elementos propios de la cultura medieval (especialmente de lo religioso, profundamente arraigado en el alma del hombre de esa época) a los testimonios cronísticos americanos. Incluso lo sobrenatural-religioso se puede explicar quizá por la presencia en los conquistadores españoles de ese mismo espíritu cruzado que informara los corazones de los cristianos en la dura guerra de reconquista contra los moros. En este contexto, la aparición de Santiago apóstol y de la Virgen María como protagonistas en los relatos cronísticos no parece casual: aparte de testimoniar la devoción que por ellos existía entre los conquistadores, debe formar parte del proceso de evangelización indígena, que no solo de conquista, en que contra viento y marea se vio inmersa la Corona española.

Bibliografía

- Alliende, Joaquín, «El apóstol Santiago», *Revista Humanitas*, 3, 1996, pp. 351-61.
- Anónimo, *Cantar de Mio Cid*, ed. A. Montaner, estudio preliminar F. Rico, Barcelona, Crítica, 1998.
- Barros Arana, Diego, *Historia General de Chile*, Tomo II, Santiago, Editorial Universitaria-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana/Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 2000.
- Berceo, Gonzalo de, *Milagros de Nuestra Señora*, ed. F. Baños, estudio preliminar I. Uría, Barcelona, Crítica, 1997.
- Castro, Américo, *Santiago de España*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1958.
- Díaz del Castillo, Bernal, *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*, ed. C. Sáenz de Santa María, México, Alianza Editorial, 1997.
- Góngora Marmolejo, Alonso de, *Historia de todas las cosas que han acaecido en el Reino de Chile y de los que lo han gobernado (1575)*, ed. Miguel Donoso (en preparación).
- Leonard, Irving, *Los libros del conquistador*, trad. M. Monteforte, México, Fondo de Cultura Económica, 1953.